

La escritura ¹

Pablo Montoya*

Oigo un ruido tras de mí. Es Lucio nuevamente. Esta vez viste la pretexto que usó hasta los dieciséis años. Su rostro, afeitado, tiene un matiz púrpura. Alrededor de los ojos hay una estela gris y su mirada es desorbitada. La cuchilla ha rapado por completo las cejas y las pestañas.

– ¿Sigues indeciso? –pregunta.

–No quiero morir –digo encarándolo con temeridad–.

Ya sabes que ha llegado Emilia.

Lucio sonrío. Su gesto posee los rasgos de una suspendida queja.

–Ella no me hace olvidar la desolación, pero me calma. No me conduce a Roma, pero su voz apacigua mi nostalgia. Acaso me prodigue algún alivio cuando enfrente a la muerte. Acaso sean sus manos las que depositen mis cenizas en una urna pequeña y las mezcle con hojas de mirto, olivo y álamo negro.

–No te hagas ilusiones, Ovidio. Tu amor es pasajero. Ella ha llegado pero se irá pronto. ¿Has olvidado el poema de tu amigo Propercio donde dice que el amor nunca es demasiado largo? Tú no eres Varrón, ni ninguno de esos romanos que pueden gozar de los funerales que anhelas. Tú eres, recuérdalo, una inmundicia vomitada por Roma. El amor en el exilio, además, es una herida que se suma a las otras heridas. Y más a tu edad. Mírate, eres casi un anciano.

–¡Y tú que sabes del amor, Lucio! Sólo conociste la

¹ Capítulo de la novela *Lejos de Roma*, Alfaguara, Bogotá, 2008, 178 p.

piedad que te unía a nuestro padre y el respeto a nuestra madre. Sólo compartiste algunas caricias con ese esclavo que gustaba masturbarse delante de nosotros con los espartillos.

Como tengo la impresión de que su cuerpo flaco se precipita contra mi cara, estiro la mano para detenerlo.

–Prepárate para el vacío que te dejará esa muchacha – dice con una sonrisa triste–. Tú crees amar y ella tan sólo te compadece. En eso consiste el amor de los jóvenes hacia los viejos. Un poco de compasión, otro tanto de curiosidad y otro poco de admiración. Tú, que escribiste sobre el amor y su arte, deberías saberlo.

–Lo que escribí fue para un público frívolo. Entonces mi preocupación era la forma de la escritura. Me dediqué a cultivar el virtuosismo y para ello acudí a una exuberancia exquisita. Hoy es diferente. Ahora estoy escribiendo de verdad.

–No te mientas, Ovidio. Frecuentas una ilusión para desembocar en otra. Transitas la falacia y no quieres darte cuenta. Intentas ocultar la realidad de tu indefensión con pequeños brotes de entusiasmo. No seas exagerado. Siempre has escrito, algún día tendrás que dejar de hacerlo, y lo mejor de tu obra ya está hecho.

–Soy otro, y ese otro es el que escribe. El exilio oscurece pero al mismo tiempo ilumina. Aplasta pero nos torna irónicos o sabiamente rencorosos en la derrota. Es una luz que ayuda a ver la profundidad de la herida en los flancos de nuestra ánima.

–Eres retórico, Ovidio. Ese otro del que hablas aburre porque se lamenta demasiado y despierta sólo tristezas. Escribes elegías a tus amigos y a tu esposa para que ellos sientan lástima de ti. En ese exilio que pregonas apenas existe una sombra sollozante: la tuya. Si en el exilio hay un motivo insufrible, y tú lo corroboras con amplitud, es que el ego desgarrado del hombre se agiganta insoportablemente. Sólo importan él y su dolor solitario. Cree, excitado por una ridícula grandeza, que él, únicamente, es el indicado para comprender el dolor

porque el suyo es único. Si supieras, Ovidio, cómo cansas con tu continua queja. Si supieras cómo fastidia leer tus alabanzas a Augusto para que dulcifique el destierro. ¿Te parece que una obra así pueda ser mejor que la que hiciste cuando eras, precisamente por tu exuberancia exquisita, el más leído de los poetas? ¿Te parece que hablar de una tristeza sin fin, y compararla con los cielos brumosos y las aguas heladas del Ponto y los rincones fétidos del Hades, es más memorable que aconsejar sobre el amor y contar cómo los dioses se transforman en animales y los hombres en ríos y en montañas sólo para poderse amar?

-Tú no entiendes lo que se esconde detrás de mis tristezas. Sólo eres un espectro. Puedes conocer más que yo sobre la muerte. Ese es tu reino sin duda. Pero me temo, en todo caso, que basta morir para estar a tu misma altura. Y acaso, Lucio, cuando se acaba la vida no se acaba también la muerte. Dime, en cambio, qué sabes tú de los dolores de la existencia. Morir a los veinte años es abandonar la vida sin haber degustado sus pruebas esenciales. Tu existencia fue tan breve que te fue prohibida, como dice Horacio, una larga esperanza. Qué sabes tú, por otra parte, de la lenta degradación de los hombres y de sus facultades para sentir los males y las enfermedades. Yo conocí el dolor de tu muerte, la de nuestros padres, la de mis amigos entrañables. Conozco las huellas que deja en el ser la pérdida de toda creencia en la patria. Para mí eso, la patria, no existe, Lucio. Ni siquiera está en la infancia, ni siquiera en las primeras palabras, ni siquiera en esa música que amé en la adolescencia, cuando creí sentirme inmortal al escucharla, ni siquiera en la palabra nunca ni en la palabra después. La patria para mí es una aldea desolada sobre la cual gira un viento sin nombre y sin rumbo. Tú, melancólico fantasma, ¿qué sabes al respecto?

-Tu vanagloria es frágil como toda vanagloria, Ovidio. Después tendrás todo el tiempo para constatarlo. Cuando estés anclado justamente en esa condición intemporal

que tarde o temprano te llegará. Te entusiasmas tanto con tus propias palabras que ni siquiera te das cuenta de que soy, entre otras cosas, un espectro detenido en el abandono. Y estaré aquí, paralizado, hasta que el último hombre que me incumbe, y ese hombre eres tú, muera. Parece que no te das cuenta de que yo represento el arrasamiento de todos los optimismos. No quieres comprender que, por habitar el abismo que sólo los poetas vislumbran en los sueños, puedo consolarte más que nadie en la Tierra.

Creo, de pronto, que Lucio se ha ido porque miro hacia todas partes y no lo veo. Pero enseguida vuelvo a sentir una pausada respiración junto a mí. Su figura me parece más alargada y más magra que la mía. Sus ojos quieren salirse de las oquedades cuando me mira.

—Antes escribía con jactancia —continúo venciendo el temor que me invade—. Pensaba que la erudición y la adulación eran las alternativas pedidas por la gente que me leía. Ahora lo hago con escepticismo, con la certeza de que nadie me leerá. Ahora es cuando verdaderamente escribo, cuando puedo decir que con la escritura llego a mí mismo. Los otros me interesan poco. Escribo y soy mi único lector. Ni siquiera, como lo hice muchas veces, escribo para ti, Lucio. Y lo que hay más allá de ese acto solitario me tiene sin cuidado. Antes escribía vestido, escribía protegido por Calíope. Me creía rodeado por los dioses e inclusive por la sombra de mis muertos. Ahora sé que la poesía es la palabra del desplazado, la del desarraigado y la del marginal. Y sé que es en la total renuncia donde es posible tocar el secreto del poema. Ésa y no otra, Lucio, es la dádiva que me ha otorgado este exilio.

* **Pablo Montoya** nació en Barrancabermeja, Colombia. Actualmente está radicado en Medellín, Es escritor, traductor y profesor universitario. Además, es un músico que ha dejado de interpretar en orquestas sinfónicas desde que empezara a escribir. Su tesis doctoral, presentada en la *Sorbonne Nouvelle* (París III), versó justamente sobre la música en la obra de Alejo Carpentier. Publica desde mediados de los 90. Entre sus relatos destacamos: *Cuentos de Niquía*, en edición bilingüe, (1996), *Habitantes* (1999 y 2003), *Razia* (2001), *La sinfónica y otros cuentos musicales* (1997), *Adiós a los próceres* (2010), *Réquiem por un fantasma* (2006), *El beso de la noche* (2010), y sus novelas *La sed del ojo* (2004) y *Lejos de Roma* (2008). También ha escrito los ensayos *Novela histórica en Colombia 1988-2008, entre la pompa y el fracaso* (2009) y *Música de pájaros* (2005), así como prosa poética: *Sólo una luz de agua: Francisco de Asís y Giotto* (2009); *Trazos* (2009); *Cuaderno de París* (2006) y *Viajeros* (1999 y 2011). Ha realizado traducciones de escritores franceses y africanos, difundidas en revistas y periódicos de América Latina y Europa, y producido artículos sobre literatura y cine en revistas y volúmenes especializados. Escribe en periódicos, notas sobre pintura, fotografía y política. Ha sido entrevistador de la serie de televisión “Autor material”. Conversaciones con escritores antioqueños; presentador y asesor literario de la serie de literatura y televisión “Lectura en vos”, presentador y asesor literario de la serie “Carrasquilla 7” (programa cultural). Ha recibido premios y reconocimientos: la beca para escritores extranjeros en 1999 otorgada por el Centro Nacional del libro de Francia por su libro *Viajeros* (1999); en el 2000, el premio Autores Antioqueños por su libro *Habitantes* (1999); su libro *Réquiem por un fantasma* fue premiado por la Alcaldía de Medellín en el 2005, y en 2008 obtuvo la Beca de investigación en literatura, otorgada por el Ministerio de Cultura. Su blog: <http://www.pablomontoya.net>